

EMILIO ALBERICH.

Teólogo y Catequeta. Roma

«Se me antoja que el nuevo tipo de creyente tendrá que poseer una fe personalizada, y un modo nuevo de relacionarse con la cultura de la Iglesia, con la sociedad, modo caracterizado por el carácter adulto, participativo, responsable. Quizás el creyente del futuro deba aparecer sobre todo como "creyente adulto comprometido", en lugar de la figura tradicional del "buen cristiano" o del "fiel practicante"»

1.

Es difícil hacer previsiones, pero siempre es posible por lo menos formular algunos deseos.

Tengo la esperanza de que el famoso y ambiguo fenómeno de la *globalización*, con el trasfondo del enorme desarrollo de la *comunicación*, obligue a la humanidad a reflexionar sobre las terribles lacras que arrastra el mundo, sobre todo por lo que se refiere a la injusticia institucionalizada, en todos sus aspectos fundamentales: orden económico internacional, expolio de la naturaleza, manipulación de la comunicación, imperialismo cultural, etc. O el mundo "desarrollado" se decide a cambiar la política y a encarar el problema de compartir de manera justa los recursos económicos y humanos, o bien se agudizará el problema de la invasión de inmigrantes, del terrorismo universal y de los odios atávicos...

Creo que se impone una reflexión seria sobre los *niveles de inmadurez y de barbarie* que todavía están presentes en muchas partes del mundo, incluso en las que se precian de ser civilizadas y ricas. Me refiero, por ejemplo, a la pena de muerte, a los nacionalismos ciegos y cerrados, a los brotes de terrorismo, a las formas persistentes de religiosidad fanática e integrista...

Se impone de igual manera una nueva reflexión sobre la *urgencia ética* de las nuevas tendencias y situaciones, que no pueden ser dejadas a la merced de los poderes fácticos o de la lógica mercantil e ideológica. El mundo de la ciencia y de la técnica, el mundo de la comunicación, el mundo de la manipulación genética, el mundo de la educación, son sectores que están reclamando una consideración atenta de las exigencias éticas, de la vigencia de los valores, del peligro de un vacío cultural y moral de consecuencias terribles.

Y pienso también que un nuevo impulso deberá recibir la tarea global de la educación, en todos sus niveles e instancias. Es un tema de importancia verdaderamente vital para el futuro de la humanidad, dado el vacío pedagógico y la fuerte crisis de socialización y de valores que padece nuestra sociedad. El siglo entrante pone sobre el tapete, en forma urgente, el problema acuciante y decisivo de la *juventud*.

2.

Mi punto de referencia es el campo de la pastoral y de la pedagogía catequética. Desde este puesto de observación expongo algunas reflexiones. Y, dadas las circunstancias, creo que más que "esperar", lo que podemos hacer es más bien "soñar".

¿Nueva evangelización? Yo más bien hablaría simplemente de *evangelización*, con la esperanza de que finalmente podamos afrontar el tema con toda la seriedad que merece. Hasta ahora nos hemos limitado prácticamente a poner remedios y parches en el tejido bastante gastado de nuestra pastoral

tradicional. Y nos queda mucho camino por recorrer, no obstante las numerosas declaraciones tan solemnes como ineficaces.

Sueño con un *tercer milenio* que nos haga olvidar tantas cosas torcidas del segundo. El segundo milenio se cierra con un saldo terriblemente ambiguo: cosas estupendas por una parte, páginas gloriosas de evangelización y de testimonio cristiano, figuras gigantes de espiritualidad y de santidad, logros innegables; pero también sombras y deformaciones imperdonables: el desgarrón trágico de la *cristiandad dividida*, que se presenta hoy como un archipiélago de islotes confesionales cristalizados: una *Iglesia* de talante piramidal e imperial ("societas perfecta"), muy poco democrática y relativamente mundanizada, donde la institución ahoga con frecuencia el carisma y la catolicidad se traduce en uniformidad mortificante de las identidades culturales; una *sacramentalización* en gran parte ligada a la tradición cultural y con frecuencia desligada de la fe, fuente continua de un pueblo cristiano de bajo nivel; un divorcio dramático entre *fe cristiana* y *cultura moderna* y nuevas culturas emergentes, creando una división insoportable en la conciencia de muchos creyentes de hoy; una *religiosidad* cristiana más cultural que profética, más devocional que comprometida, más preocupada a veces por la salvación del alma que volcada hacia la transformación de un mundo injusto.

Creo que podemos imaginar una comunidad cristiana que tome conciencia de las transformaciones radicales que ha experimentado el mundo, desde todos los puntos de vista. Hemos entrado en una nueva época de la historia de la humanidad, dinámica y con salidas imprevisibles. Es todo un mundo nuevo el que se abre ante nuestros ojos.

Juan Pablo II pasará ciertamente a la historia como un gran Papa, con todo el halo y fascinación que a su talla personal añade el imponente aparato mediático que ilumina y engrandece su figura. Pero creo que en definitiva deberá ser considerado como el último papa del segundo milenio, no como el primero de uno nuevo. El mismo Papa ha lanzado una solemne invitación

a repensar el sentido y las modalidades del ejercicio del Papado. Y las propuestas no se han hecho esperar: menos centralismo romano, activación de la colegialidad, promoción de la iglesias locales y particulares, transparencia comunicativa en la Iglesia. Es de desear que no haya que esperar muchos años para que estas sugerencias se vayan convirtiendo en gozosa realidad.

3.

Es difícil responder a esta pregunta, pues el tema es de envergadura. Quizás puedan apuntarse algunas líneas de orientación y de reflexión, algunos cauces a promover. Veo en el horizonte al menos estos imperativos concretos: forjar un nuevo modelo de cristiano y de comunidad cristiana; y trabajar para superar la crisis de credibilidad de la Iglesia de hoy.

Ante todo la búsqueda de *un nuevo modelo de cristiano*, una forma nueva de ser creyente en la sociedad de hoy. Algunos prefieren hablar de búsqueda de una nueva *identidad*, o de una nueva *espiritualidad cristiana* (J. Martín Velasco), o de la necesidad de que el cristiano del futuro sea un "místico", según la expresión recogida por K. Rahner. En la base late la convicción de que está en crisis el modelo tradicional de cristiano, modelo que resulta inviable, e incluso insoportable, para muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo. Se me antoja que el nuevo tipo de creyente tendrá que poseer una *fe personalizada*, y un *modo nuevo de relacionarse* con la cultura de la Iglesia, con la sociedad, modo caracterizado por el carácter adulto, participativo, responsable. Quizás el creyente del futuro deba aparecer sobre todo como "*creyente adulto comprometido*", en lugar de la figura tradicional del "buen cristiano" o del "fiel practicante".

Vivimos también la búsqueda de un *nuevo modelo de comunidad cristiana*, espacio de fraternidad vivida y de palabra liberada, capaz de fomentar relaciones humanas profundas y verdaderas. Va en esta línea el anhelo de recomponer el tejido comunitario de la iglesia, sobre todo con la creación de

pequeñas comunidades cristianas comunidades de base, comunidades de talla humana. Lograr que nuestras parroquias y diócesis sean auténticas "comunidades de comunidades". Pero sabemos por experiencia que la solución no es nada fácil: la actual floración de movimientos y nuevas comunidades no está exenta de riesgos y limitaciones, dados los peligros constantes de tendencias sectarias y las tensiones y divisiones que con frecuencia traen consigo.

En tercer lugar habrá que orientar los esfuerzos hacia la superación de la actual crisis de credibilidad de la Iglesia, con la promoción de un verdadero proyecto renovado y convincente de Iglesia. Resulta impresionantemente constatar el gran número de pensadores, obispos y teólogos que en estos últimos años han abogado por una transformación profunda de la realidad eclesial (W.Bühlmann, J.M. Castillo, P. Casaldáliga, S.Dianich, R.Dulong, I.Ellacuría, L.A.Gallo, B.Häring, M.Kehl, H.Kräztl, J.R.Quinn, K.Rahner, G.Routhier, etc.). Y creo que solo de este modo se podrá obviar a la general desafección hoy existente frente a la Iglesia, sobre todo por parte del mundo juvenil. Es bastante general el clamor por una reforma seria de la institución eclesial, en la línea del giro eclesiológico del Concilio Vaticano II. El rostro de la Iglesia que soñamos tendrá probablemente, entre otros, estos rasgos típicos: primacía de la fraternidad y de la comunión; actitud desinteresada y de servicio ante el mundo; opción preferencial por los pobres y marginados; reforma institucional y superación del talante clerical; reconocimiento efectivo de las Iglesias particulares y de los carismas laicales; superación de las discriminaciones intraeclesiales, etc.

En definitiva, será necesario recobrar la humildad de los orígenes y la voluntad de reflexión comunitaria ante los grandes desafíos de la hora presente. La comunidad cristiana, sin triunfalismos, debe aceptar su situación en el concierto pluralista de culturas y tendencias, y ponerse seriamente, comunitariamente, con libertad de investigación y de postura, a tratar de interpretar la situación y buscar soluciones.

Pienso que el Concilio Vaticano II debe quedar en nuestra memoria como el momento álgido de la experiencia cristiana del siglo que termina. Y el Concilio no se reduce a un conjunto de documentos y directrices; más bien constituye una importante lección de eclesialidad comunitaria, capaz de inspirar modos alternativos de conducta personal y colectiva. El Concilio queda como lección histórica y posibilidad de obrar de otro modo, de superar inercias seculares, condicionamientos paralizantes, miedo al futuro. La figura emblemática y entrañable del papa Juan debería acompañarnos para afrontar con fe en el Espíritu los retos difíciles del nuevo milenio.